

Chillarón Camacho, Iván.

Facultat de Belles Arts de San Carles, Universitat Politècnica de Valencia.

Unir dos puntos. El sentido de la otredad a la luz de la peregrinación

Join two points. The sense of otherness in the light of the pilgrimage

TIPO DE TRABAJO: *Comunicación Presencial*

PALABRAS CLAVE

Peregrinar; otredad; encuentro; ser humano

KEY WORDS

Pilgrimage; otherness; meeting; human

RESUMEN

Adentrarse en el camino tras haber dedicado las últimas horas a no adelantarse a lo que está sucediendo no trae la paz. Trae un estado de alegría inquietamente silenciosa, sorprendida de sí misma y de lo que la rodea; a no ser que eso sea la paz. Adentrarse en el camino y saberse peregrino deja aparecer el tiempo y el espacio necesario para explorar el lugar que ocupa el corazón del ser humano en el mundo; el tiempo de un camino y, el espacio de una esperanza por volver a casa que lo sujeta todo.

Hoy, desde estas nuevas circunstancias en las que nuestra vida se articula. Donde la necesidad del "otro" se ha hecho visible mágicamente, y por parecer magia, tal y cómo ha venido puede desaparecer, se aborda dialogar con esa misma necesidad de otredad desde el encuentro dilatado de una peregrinación. Allí se da cuenta de que peregrinar es unir dos puntos constantemente. Lo que allí hiciste, como pespunte de un tejer, como una mina que se deshace dibujándose hacia lo buscado. Es unir dos puntos sucesivamente entre las personas y aquello humano que se hace necesario en la soledad: un diálogo; el de la mirada, la otredad buscada con el *otro* y lo *Infinito*. Unir de nuevo entonces también lo que puede que estuviera perdido, ausente o escondido, por aquello de una vida con relaciones significativas.

El artículo presenta la peregrinación como acto poético por constituir y exponerse a un proceso continuo de interpretación de la realidad. La invitación a un encuentro, a una búsqueda del no olvidar ni de ser olvidado. Una apreciación y una señal mientras el cielo va abriéndose paso, y el caminar es aquello que uno es. La orografía de un mapa compartido; un paisaje apreciado; donde desde lo alto el mar es cielo, el mar de tu hogar salado y horizonte.

ABSTRACT

Entering the path after having spent the last few hours not anticipating what is happening does not bring peace. It brings a state of uneasily silent joy, surprised at itself and what surrounds it; unless that is peace. Entering the path and knowing oneself a pilgrim allows the time and space necessary to explore the place that the heart of the human being occupies in the world to appear; the time of a path and the space of a hope to return home that holds everything.

Today, from these new circumstances in which our life is articulated. Where the need for the "other" has become magically visible, and because it seems like magic, just as it has come it can disappear, a dialogue with that same need for otherness is addressed from the prolonged meeting of a pilgrimage. There he realizes that pilgrimage is constantly connecting two points. What you did there, like backstitching of a weave, like a mine that unravels drawing towards what is sought. It is joining two points successively between people and what is human that is necessary in solitude: a dialogue; that of the look, the otherness sought with the other and the Infinite. Reuniting then also what may have been lost, absent or hidden, for that of a life with significant relationships.

The article presents the pilgrimage as a poetic act to constitute and expose itself to a continuous process of interpretation of reality. The invitation to a meeting, to a search of not forgetting or being forgotten. An appreciation and a sign while the sky is making its way, and

walking is what one is. The orography of a shared map; an appreciated landscape; where from above the sea is sky, the sea of your salty home and horizon.

INTRODUCCIÓN

La narración de un sueño; la de su olvido y su búsqueda. También la de una promesa de reencuentro. La de darle significado al espacio del mundo y el surgir del tiempo para que la vida cobre sentido. En sí, es la narración del sentido mismo para la vida. Esto es lo que nos aloja, y nos narra, nos da palabra y camino. La narración y no la historia del ser humano es una suerte a la que solo podemos alcanzar con el ensueño, la palabra y algo de ciencia. Y es lo que nos proponemos en las breves líneas a la espera de un desarrollo más amplio en un lugar que lo acoja.

La narración o el apólogo como recurso porque no nos vale con saber lo que nunca sabremos por completo y en verdad. Necesitamos de eso que parece un vacío infinito, una especie de monocromía, y al que nos encomendamos a recorrer tras algún sonido o alguna imagen que despierta en nosotros la esperanza humana e inicia el viaje o peregrinación hacia el O-otro. Tal vez sea esa la razón de la vida; la de la voz que llama y la respuesta activa desde lo más adentro sino es la misma, sea del corazón, del alma o del espíritu mas habrá algún lugar desde el que partir. Entonces podemos sugerir a esta narración que lo que nos toca como humanos es un caminar hacia allí; sea físico o espiritual; en el espacio y el tiempo. La acción de caminar, andar, marchar y sus modos de hacerlo, en el principio la errancia como una suerte, seguida del caminar nómada hasta la peregrina, atraviesan la cultura humana.

Partiendo del estudio de Francesco Careri con el que nos decimos que “andar es un arte que contiene en su seno el menhir, la escultura, la arquitectura y el paisaje” (2007, p. 20) queremos orientar nuestra mirada al fenómeno de la peregrinación como acto poético de lo común, del encuentro y de otredad. Observar y prefigurar aquellos horizontes que sirvieron para que el acto de caminar *per se*, que no deja de ser un medio, él medio en realidad, se convirtiera en aquello por lo que reflexionamos. Porque previamente a que el caminar sea arte surge la necesidad del símbolo, esto es la aparición de la expresión humana y la mirada al cielo. Es esa la suerte de lo bípedo; lo que trae el alzar la mirada y poder ampliar el campo de la experiencia vital, lo que trae el después del después. Y es tal vez este cambio, de lo originario a lo simbólico, lo que salva la ignorancia de los primeros pasos o aquello que convierte al homínido en humano. Y lo que tal vez pueda salvarnos de nuestra ignorancia hoy. A cada cual, la figura de un océano o de un desierto inhóspito (esperando ser habitado) que le invite no sin miedo a adentrarse, pero también la figura de lo rocoso y monteagudo que es una suerte de bosque donde se despierta de igual manera la soledad (en busca de un encuentro).

Desde aquí, el acto de “peregrinar” revela las necesidades y las condiciones primeras de los primeros meses de ese habitar humano y su inicio de relación con lo divino. Mas parafraseando a Careri, peregrinar es un arte que contiene en su seno aquello que hizo posible construir el menhir, la escultura, la arquitectura y el paisaje, permitiendo de esta manera “habitar” el mundo. Este acto aparentemente sencillo dibujó horizontes, trayectos e itinerarios hacia un lugar que será sagrado. Movié la piedra de su lugar y descubrió el alimento que trae todo encuentro con otro ser humano. Sabiéndose bajo el cielo estrellado, peregrinar es lo que le hizo al ser humano mortal y caminando por un fin.

Lo que se plantea, lo que se convierte en pregunta abierta, no es sí peregrinar pueda ser arte, sino desligarlo de esa suerte y centrarnos en aquel tiempo en el que caminar errante se convirtió en un acto simbólico y humano que articuló un diálogo con lo trascendente, con el vacío y con la otredad. Términos que tenemos por urgencia descubrir qué son para nuestros días. Porque el andar peregrino es el hablar de la revelación. A partir de ahí, un ejercicio común de reflexión para las artes, y una suerte de preguntas que nos inviten a partir.

METODOLOGÍA

VITA PEREGRINA

La postura que adoptamos ante la vida, y tal vez su condición es la de un andar peregrino. Mas así el *Génesis* lo guarda con la expulsión de Adán y Eva del jardín del Edén. Expulsión que se -nos- convierte en un designio por cultivar la tierra de la que estamos hechos “hasta



que mueras y regreses al polvo, porque tú saliste de allí. Polvo eres y en polvo te convertirás” (Génesis, 3: 19). Lo que resta, es el conocer del mundo y la presencia de lo extraño, de lo que viene de frente y está a lo lejos.

Andar por volver allí de donde fuimos expulsados. O partir de allí por impulso y llenos de preguntas como Ulises, que tal y como apunta Francisco Jarauta, “desde su origen, había hecho de su propia deriva el método de conocimiento y de configuración de la experiencia moral”, siendo que el viaje marcará un antes y un después; a saber, el *descubrimiento del otro que se nos da desde las sombras de la lejanía* (2022, p. 28).

1. Raíces profundas

Hay ciertas historias donde el principio se puede salvar, sin embargo, en el conocer qué somos cómo *humanos*, como especie, parece que para comprenderlo no podemos obviar nuestra raíz. Pero es un terreno más complejo que parece ser, por el momento, su origen.

Nuestra raíz es profunda, tan profunda como “los cálculos realizados a partir de la divergencia genética que existe entre los actuales seres humanos y los chimpancés” nos ubican en África hace entre 6 y 7 millones de años (Ma) (Sala & Martínez, 2015, p. 65). Es a partir de este momento, por decirlo de alguna manera, tan inabarcable cómo el mismo horizonte, y del que poco sabemos más que unos pocos restos de fósiles asignados a dos especies: *tchadiensis* (en la República del Chad) y *Orrorin tugenensis* (de Kenia) desde que nuestro caminar, aún arborícola, comienza a dar sus primeros pasos. Porque han de pasar varios meses, alrededor de los 4 Ma para haya las huellas de los *Australopithecus afarensis* (de Etiopía, Kenia y Tanzania) quienes seguramente comenzaron a dejar atrás subir a los árboles.

Nuestra historia parte entonces desde aquí, y de observar la importancia que Leakay junto a Lewin le dan a comprender al origen del caminar, ya que “fue un cambio tan fundamental, tan repleto de profundo potencial evolutivo” (1994, p. 68). Sí bien la postura bípeda no es un rasgo distintivo, sí que nos es necesario comprender lo que ello ha comportado, dado que, desde allí, el hecho de andar se observa cómo el principal modo en que se comienza a ampliar el mundo: *el lugar donde habitamos*. Seguirán pasando los Ma mientras que el Valle del Rift sigue abriéndose paso y se van sucediendo los cambios climáticos que retrocederán los bosques en favor de un aumento de las zonas de las estepas y las sabanas sobre las que ahora, nuestros antepasados, comienzan a explorar y componer tanto el mundo, como nuevas formas de vida. Pues es durante este periodo cuando se “produjo la primera diversificación importante de los homínidos” deviniendo al filo de los 2 Ma de edad en la aparición del *Homo habilis*, sobre la que “hoy día existe un acuerdo casi total entre los especialistas de que esta última especie [...] fue la antepasada del posterior linaje humano” (Sala & Martínez, 2015, p. 66).

Pero más allá de todas estas sucesiones que se ramifican, se entrelazan y se extinguen, es en estos días en los que el caminar visibilizó nuevos horizontes rebasando los “lindes de su cuna africana y comenzó el poblamiento del resto del Viejo Mundo” (*ibidem*, p. 66). Es en ese descubrir, o construir el mundo, cuando “las poblaciones humanas se diversificaron localmente hasta que, hace unos 200.000 años, podían distinguirse tres humanidades que habitaban en cada continente. En Asia vivían humanos no muy distintos de *H. erectus* [...] En Europa se encontraban los primeros neandertales, mientras que en África acababa de aparecer nuestra propia especie: *Homo sapiens*” (*ibidem*, p. 67).

Algo debió de ser lo que nos hizo mantenernos vivos. Aún así, es difícil reeconstruir los comportamientos de nuestros antepasados, y aunque durante tiempo se argumentó que lo que nos diferenciaba de las demás especies era nuestra capacidad del desarrollo de la técnica, el comportamiento simbólico y religioso, así como el culto a la muerte, las últimas décadas, junto con los nuevos descubrimientos, ponen en tela de juicio tales hipótesis. Nos es sabido que los neandertales también participaban de tales avances mas nos quedan los legados de Altamira de unos 400.000 años, o los grabados en roca de época neandertal en la gibraltareña cueva de Gorham. Pruebas que más bien parecen sugerirnos de que el culto y la mirada al cielo estrellado no es solo cosa de *sapiens*, incluso la palabra, aquello que construye mundo es algo compartido, ya que “se ha descubierto en el genoma neandertal la presencia de la denominada variante humana del gen FOXP2, que está asociada a la producción del lenguaje” (Sala & Martínez, 2015, p. 69).

Sí seguimos aportando datos, ejemplos comienzan a sucederse sin llegar a ser este un artículo de competencias de investigación científica, pero el hecho es, que esta historia evolutiva nos coloca frente a diversos acontecimientos que en su conjunto conforman el paisaje del desarrollo de nuestra humanidad. Y sin entrar en otros caminos, lo que es de importancia para nuestra misión es releer el acontecimiento del *caminar*. Es este complejo cambio, largo y progresivo sobre el cual parece articularse nuestra condición humana.



Figura 2 y 3. A la izq. grabado de la cueva de Gorham, Gibraltar. A la dra. Vista de la cueva desde fuera

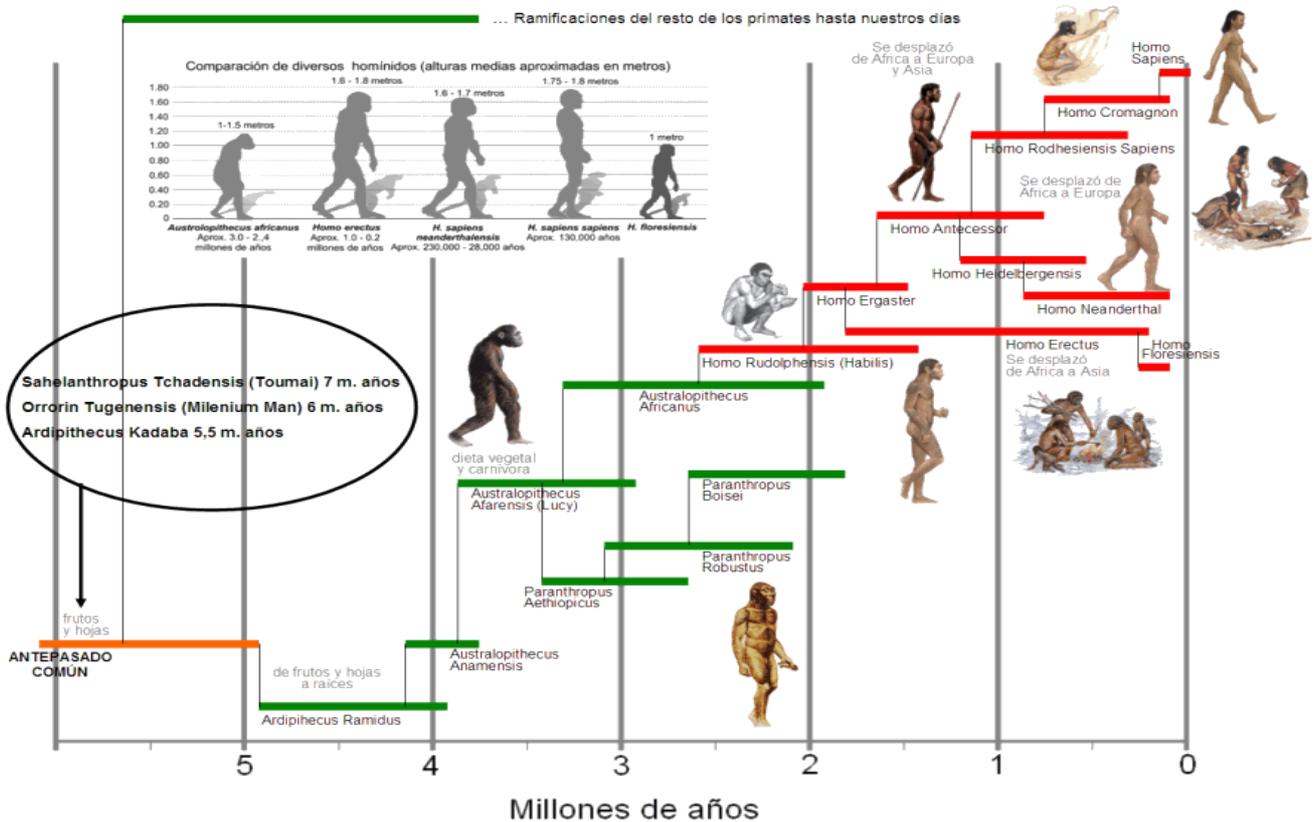


Figura 4. Posible proceso filogenético del género humano

1. 2 *Terrae plus ultra*. Los primeros pasos y sus consecuencias

Caminar, a nota de Careri, “si bien no constituye una construcción física de un espacio, implica una transformación del lugar y de su significado” (2007, p. 40). Al partir de ahí, la adopción de la postura bípeda es un acontecimiento que marca un antes y un después, y en cierta manera sigue siendo un misterio para la comunidad científica qué es lo que sucedió para que ello se produjera. Sin embargo, nuestro ejercicio por lo común se ha de centrar en el término “adopción” ya que a la lectura del profesor Makinistan, caminar no es innato al ser humano, se aprende por imitación y eso se ha de dar en el seno de una sociedad. No es un rasgo biológico de nuestra especie como tal, por mucho que nuestra fisionomía responda a ello. A caminar nos enseñan desde niños, y nos cuesta su tiempo. Lo que debemos subrayar es que el caminar es un “carácter socio-bio-cultural”. Y de esta manera podemos suponer de manera lógica, y al respecto de Pierre Grassé, que el andar de los *australopitecos* y *pitecántropos* tampoco era innato “quienes también tendrían que enseñarla a sus pequeños. Sólo pudo desarrollarse en el seno de una sociedad, o como mucho en el seno de familias que conservasen a sus crías largo tiempo entre ellas” (citado en Makinistan, 1997, p. 95).

No es paradigmático comprender que el caminar, aquello que articula la peregrinación en un origen, es un suceder social que para que comience a darse necesita del abrigo del *amor al otro*. Del amor y del saber del *otro*, por enseñar y comprender su proceso de evolución. De alguna manera, los estudios indican datos y esquemas que nos pueden ubicar a lo largo de la historia como género o como especie, pero nos dejan a cada individuo, -y por seguir enumerando, a las artes y a las humanidades- una suerte de vacío que nos ha de servir de intuición para completar con nuestras prácticas aquello que no se puede conocer sino experimentar. En este sentido, siguiendo con las aportaciones de Makinistan, *lo que nos diferencia no es el caminar, sino la posesión de todo aquello que trae consigo tal adopción en conjunto: el desarrollo del cerebro, la fabricación de instrumentos o el desarrollo del lenguaje de manera articulada en un diálogo común y en sociedad* (1996, p. 47).

Aquello que comienza a construir el mundo son los itinerarios erráticos realizados por las comunidades del paleolítico. Porque de alguna manera, en la persecución de las presas o en la necesidad de recolección que les hacía desplazarse decenas y cientos de kilómetros, se adentraban en un lugar que no les correspondía, conformando así con el recorrido “la única arquitectura que poblaba el mundo [...] el primer signo antrópico capaz de insinuar un orden artificial en los territorios del caos” (Careri, 2007, p. 39). El acto de andar como aquello que “nos apertura” y que “es apertura”. Y tal apertura nos ubica.

Es el sentir de la ubicación lo que nos reclama demasiadas veces el *ser* o la vida, por ello los mapas y por ello el asentamiento de los grupos recolectores a mediados del Paleolítico superior hace cerca de unos 20.000 años durante la cuarta y última glaciación que se llevó consigo la extinción de las demás especies *homo*. Allí, nuestra especie inició un diálogo con la necesidad de “habitar”.

1.4 La construcción del lugar. El del que se parte y hacia el que se va

Nos faltan líneas, pero debemos hacer un pequeño inciso para darle voz a esta gran palabra que en sí encierra el misterio del ser humano, porque tan solo con citar a Heidegger (1951), quién realizó todo un trabajo de exploración, de etnógrafo del lenguaje, vino a recordarnos que el habitar es *un rasgo fundamental del ser humano*. Qué significa: construir, “y que este tiene a aquél como meta”; residir y permanecer junto a, esto es “abrigar y cuidar; así, cultivar (construir)” y “este construir sólo cobija el crecimiento que, por sí mismo, hace madurar sus frutos [...] El rasgo fundamental del habitar es este cuidar (custodiar, velar por). Este rasgo atraviesa el habitar en toda su extensión” Y de este habitar seguramente nuestros antepasados tenían más noción, o que tal vez, la concepción de la palabra, de su significado y su carácter comienza a tener sentido en su mismo origen, porque para acabar con la cita al filósofo alemán “‘en la tierra’ significa ‘bajo el cielo’. Ambas cosas co-significan ‘permanecer ante los divinos’ e incluyen un ‘perteneciendo a la comunidad de los hombres.’ Desde una unidad ‘originaria’ los cuatro -tierra, cielo, los divinos y los mortales- pertenecen a una unidad”.

Posiblemente los asentamientos fueron escalonándose temporalmente desde el noroeste de África hacia el Viejo mundo y hacia Asia deviniendo en la cultura megalítica que constituyen, tal vez, las primeras muestras, y haciendo uso del término propuesto por Luis García Iglesias para el devenir de las peregrinaciones, de la “religiosidad de santuario” (1986-87, p. 301). Y aunque seguirán caminando, lo harán a través de una suerte de vías abiertas dirigidas ahora hacia allí. Hacia las tumbas colectivas de los *dólmen* y los alineamientos de *menhires* que generaban los llamados *cromlech* o *henge*, que *parecen haber sido concebidas como puertas a un más allá al que se accedería a través de puntos concretos en el paisaje* (Molina, 2008, p. 11). Ante ellas es inevitable pensar que, para mover y desplazarlas, estas enormes piedras debieron de ser llevadas entre decenas de personas, y que entre ellas configuraron un lugar común de celebración y de encuentro.

Son estas grandes construcciones de piedra las que nos hablan de la necesidad de *un lugar* para estas creencias y cosmovisiones de un tiempo anterior asociadas al culto y al ritual con lo *Infinito*. También del sentido del camino, o el recorrido como *experior* o *peregrinare* como sucede en los alineamientos de Carnac. Un hecho que el *Land Art* ha recapitulado con sus trabajos como en Robert Morris, Richard Long, De María, Hamish Fulton, o James Turrell, pero que en las teorías de Alfred Watkins sobre las “Líneas Leys” parecen devolverle un sentido telúrico a la memoria de él lugar



Figura 4 y 5. A la izq. Fotografía del alineamiento de Carnac, Francia. A la dech. *A line in Scotland*, Richard Long, 1981



Figura 6 y 7. A la izq. el *dólmen* de Merillés, Asturias. A la decha. *Observatory*, *Oostelijk Flevoland*, Países Bajos, Robert Morris, 1977



Figura 8 y 9. A la izq. *Arthur's Stone* con aun camino de líneas Leys, Alfred Watkins. A la decha. *Mile Drawing*, Walter DeMaria, 1968



Figura 10. *Roden Crater Project*, James Turrell, 1979

1.5 Notas ante el peregrinar

Ante el peregrinar entonces estamos ante un lugar sagrado, ante un desplazamiento que se convierte en viaje hacia él y ante la esperanza de alcanzar un bien concreto, sea en la dimensión material o en la espiritual. Porque a nota de Iglesias, *en la medida en que existe un lugar sagrado existen las peregrinaciones, ya que, si no va lo sagrado, el peregrino irá hacia él* (1986-87, p. 301). Y aunque existan procesiones donde lo sagrado va hacia el individuo o camina junto a él, la peregrinación se lee como el fenómeno necesario del viaje, de la distancia y del recorrido. Es cómo si fuera la causa para que lo sagrado permanezca enfrente, del otro lado, para que se de el deseado encuentro, como un generar distancias como si fuera la única posibilidad de que se de el conocimiento. Así, de esta manera las peregrinaciones recorren la cultura humana desde las edificaciones de *Cromlechs*, seguido de los templos de Abidos en Egipto, Delfos en la Antigua Grecia, Jerusalén, Roma o La Meca entre tantas huellas que dibujan itinerarios de un destino cultural compartido.

Por parte de la antropología, se entiende como un rito de tránsito, y concretamente, según la terminología del etnógrafo Van Genep (2008), como un “rito liminal” correspondiente al ser humano donde en el propio tránsito reside el fin. En él, el camino a recorrer deviene en un lugar donde desprenderse de una vida anterior para la entrada a un nuevo estado. Hay un inicio y un final. Un intervalo dilatado, un espacio-tiempo suspendido entre lo previo y lo futuro.

En ambos casos, hay un cuerpo que es protagonista al generar trazos, restos y huellas en su andar sobre el territorio. Y hay un itinerario siempre presente, eterno que se hace presente con cada paso. El recorrido es una memoria inscrita a la par en el ser humano y en el territorio. En otro sentido, es también un encuentro con el otro semejante que no está presente pero del que participo

En este sentido del peregrinar como transito recordamos la acción simbólica *The Lovers*, de Marina Abramovic y Ulay en 1988, quienes en el encuentro tras partir desde ambos extremos de la muralla china dan por finalizada su relación sentimental y profesional. Por su parte, Richard Long simboliza la liturgia que supone para el ser humano reconocerse allí donde habita y transita, y que nos suena a eco de los pasos aborígenes del pueblo *Bororo* o el pueblo *Walpiri* donde los itinerarios diarios dan voz a lo que no existe. Long se acaba por constituir a sí mismo en un tiempo y un espacio determinado; su andar va generando una serie de huellas que registran su existencia, generando obras como *A line made by walking England 1967* (Chillarón, 2021, p. 46). Se hace vivir, se construye en un espacio ontológico.



Figura 11 y 12. A la izq. *The Lovers*, Marina Abramovic y Ulay, 1988 .A la decha. *A line made by walking England*, Richard Long, 1967

1.6 Por una definición de otredad

Será aquello con lo que la filosofía, la antropología o la sociología han intentado de tratar y de otorgar un sentido a la existencia humana a la luz de finales del XIX y el periodo de entreguerras. Tal vez hablamos de aquello que para José Antonio Marina ha movido a la humanidad: “los deseos imperiosos y contradictorios” que le han “dirigido siempre a una meta que se designa en términos amplios, vagos e inevitables como felicidad y justicia” (Marina, 2002. P. 84).

Aquello que alberga la mirada del existencialismo de Kierkegaard, Pascal, Unamuno, Camu, Levinas, Derrida, Simone de Beauvoir, María Zambrano entre tantos: la condición humana, la libertad, la responsabilidad individual, las emociones, así como el significado de la vida o la ética del otro. Una mirada sobre la existencia que se desmarca del racionalismo filosófico para presentarse como una pregunta, que desde fuera viene a preguntarnos *¿quién soy yo, que estoy en frente? Y ¿qué tengo que ver contigo?* Y que tal vez ya venía orientada

desde la máxima aristotélica todo hombre tiene necesidad de saber *¿Quién soy yo, el que pregunta?* por qué nos ubicó primeramente ante aquello que no soy: lo *otro*.

Pero también lo que hizo de nuestra especie la única que fue capaz de sobrevivir a la última extinción, y que teóricos como Patrick Tort viene a denominar “el efecto reversivo”. Fenómeno por el que “la selección natural” acabo decantándose por comportamientos sociales que favorece la protección de los “débiles” [...] La nueva ventaja ya no es de orden biológico: se ha transformado en social”

Tal vez una llamada en la que todo ser humano está llamado a escuchar la *otra voz*: la del propio yo, la de los demás y la del Infinito. Que es para Octavio Paz aquello que “me deletrea” en el pequeño poema “Hermandad”, *Árbol adentro* (1976-1988):

Soy hombre: duro poco
y es enorme la noche.

Pero miro hacia arriba:
las estrellas escriben.

Sin entender comprendo:
también soy escritura

y en este mismo instante
alguien me deletrea.

Y que más adelante se le presenta en *La hora*, 1941 y se pregunta:

Fluye, callado, el tiempo;
al borde de mí mismo,

sombra de mí, me miro:
¿soy el mismo, soy otro?

A nota personal, *la otredad, la alteridad, el otro, lo otro, la otra voz, el otro rostro, la Infinitud, la brecha insalvable* no es sino un vacío. El vacío que deja todo enamoramiento en uno mismo para que lo que en frente de mí sea él, se adentre o permanezca fuera. Y sea llevado yo hacia allí, hacia el vacío del otro o hacia el espacio que me deja fuera para ser. En sí, es un diálogo en una mesa servida del suficiente espacio para servir, y al dejar caer los antebrazos con sus manos, ellas se abren, signo y símbolo siempre de paz, para estar dispuestas. Es un tomar el pan en bendición y repartir. Convertir el agua en vino de fiesta.

Es primero un movimiento, el que interpela la voz. Y aparece como un instinto de verdad, de que hay que darse. Y la verdad, como en *Claros del bosque* a María Zambrano le aparece, “inviolable” resiste y hace temer al que despierta a ella. Por eso el padecer de quién se enamora, de quién ve desprenderse algo de sí como cayendo, *fall in love*. Y entonces cuando uno pregunta, porque se ha de preguntar inexorablemente hasta el cansancio, el corazón, como órgano en el que la metáfora le es iluminada a la luz del alma, acoge la realidad como es; inabarcable.

La otredad es una lucha interna que se da desde lo más adentro del ser humano, porque sabe, recuerda o reconoce que hay algo más que está en frente, no que el ser mismo, sino que *el otro, lo Otro* también es él mismo y yo mismo.

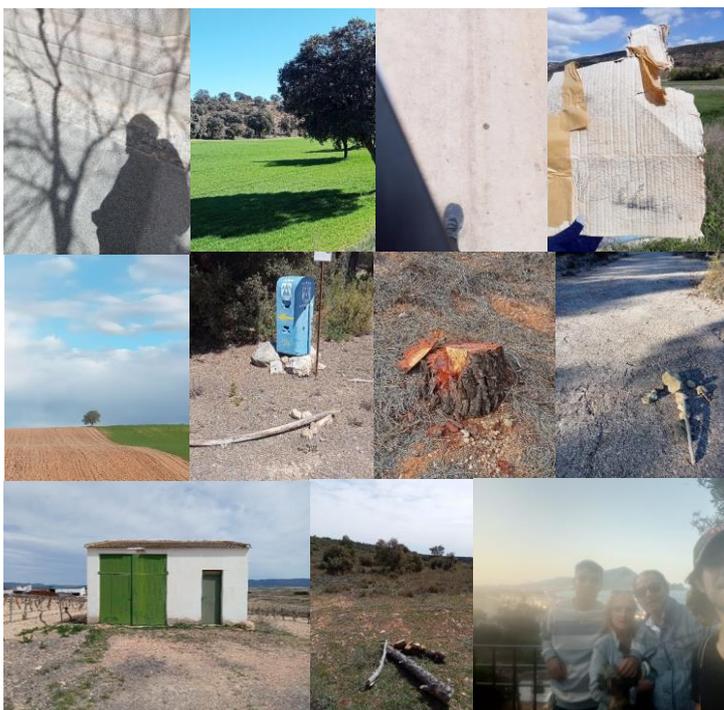
2. Unir dos puntos. Peregrinar de vuelta.

Alumbrar lo que está oculto, y bajo esa misma luz que alumbra, también será utilizar el mismo polvo de la tierra que se levanta al caminar para dejarlo caer sobre lo invisible, cómo quién realiza un hechizo de visibilidad, de recuperación del estado natural de la cosa. Tal vez este es el para qué de mis pasos peregrinos, quienes en la última peregrinación han dado la unión de lo que “es” con lo que “estaba lejos”; el mar insondable de la Capital con el mar de horizonte azul real de mi hogar. Unir dos puntos y salvar la ausencia, aquello que faltaba, a través de ella. También, de nuevo, la unión entre lo poético -del hacer- y la experiencia estética del tiempo -de lo que hace-.

Es “unir dos puntos” se hace con el cuerpo, todo queda en tus pies y literalmente en tus huellas sobre el camino. Lo que allí hiciste, como pespunte de un tejer, como un grafito que se deshace dibujándose hacia lo buscado. Al menos crearlo, que así sucede: el unir lo que se deja atrás y regresar a casa atravesando, en una suerte de exploración, de etnógrafo, incluso de cartógrafo por haber creado, o

eso crees, una ruta antes no andada. Y a través de la gran monocromía del vacío del paisaje. Es unir dos puntos sucesivamente entre las personas, aquello humano que se hace necesario en el camino: un diálogo; el de la mirada, la otredad buscada. De quién te da cobijo. Unir de nuevo entonces también lo que puede que estuviera perdido, ausente o escondido y que en la soledad de los días se hace visible. Como sí todo de un encantamiento se tratase.

Uniendo puntos, al menos creerlo, uno peregrina; porque dejar atrás no es olvidar, ni es un simple andar. Es partir de allí hacia lo que no puede venir. Es unir secretos, miedos, cansancio, desesperanza y desesperación. Es unir todo ello y hacerlo parte, que se sienta dentro y abrazado por aquello que los une; la pasión, el anhelo, la bondad y la esperanza. Unir dos puntos y darse cuenta de que tu unir no es el único. Que se suma una vez más a las huellas que formaron el camino. Entonces, lo único que queda es ser agradecido y seguir uniendo puntos por aquello de la memoria, del recuerdo, y para que no se pierda la “tradicción” unamuniana de aquello que siempre pasa queda.



Elaboración propia *Unir dos puntos. Peregrinar de vuelta al hogar*, Serie de fotografías del itinerario, 2022

FUENTES REFERENCIALES

Chillarón, I. (2021). *Caminos de bosque. Un rito liminal a través del paisaje*. Valencia: Universitat Politècnica de Valencia. Facultat de Belles Arts de Sant Carles.

Col2.com. (Marzo 27 de 2022). Obtenido de La lógica de las líneas Leys: <http://col2.com/la-logica-de-las-lineas-ley>

Heidegger, M. (s.f.). *Facultad de Arquitectura, diseño y urbanismo. Universidad de la república de Uruguay*. Obtenido de FADU: <https://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2013/05/Heidegger-Construir-Habitar-Pensar1.pdf>

Iglesias, L. G. (1986-87). Las peregrinaciones en la Antigüedad. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid (CuPAUAM)*, nº 13-14, 301-312.

Jarauta, F. (Marzo de 2022). El naufragio de Ulises. *Le Monde diplomatique*, págs. 29, 30.

Leakey, R., & Lewin, R. (1994). *Nuestros orígenes. En busca de lo que nos hace humanos*. Crítica, Grupo Grijalbo-Mondadori.

Makinistan, A. A. (1996). El ser del hombre desde la perspectiva paleoantropológica. *Naturaleza y (o) Lenguaje*. Rosario: Ed. Universidad Nacional de Rosario. Rosario,.

Makinistan, A. A. (1997). Los comienzos del bipedismo en el proceso de hominización. *Revista Academia de Ciencias*, 83-97.

Marmelada, C. A. (5 de Noviembre de 2005). *Universidad de Navarra*. Obtenido de Grupo ciencia, razón y fe: <https://www.unav.edu/web/ciencia-razon-y-fe/evolucion-humana-los-descubrimientos-mas-recientes>

Molina, M. A. (2008). Del orden social y del orden del universo. La llamada religión megalítica y su uso ideológico por las comunidades de los milenios IV-III a.c. *Cuadernos De Prehistoria Y Arqueología De La Universidad Autónoma De Madrid*, 34, 7-21.

QUIA. (15 de Mayo de 2022). Obtenido de Fart History: <https://www.quia.com/jg/2663262list.html>

Sala, M. T., & Martínez, I. (2015). La aventura del Homo sapiens. *Revista de humanidades* 14 (1) , 65-79.

Tort, P. (2008). *El Efecto Darwin. Selección natural y nacimiento de la civilización* . Seuil.

Válgoma, M. d., & Marina, J. A. (2006). *La lucha por la dignidad*. Anagrama.

Van Gennepe, A. (2008). *Los ritos de paso*. Alianza.